

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

SENEL PAZ

CUBA

Un grupo de los cubanos que estamos sentados en esta mesa (o cuadrilátero de tres lados), nos preguntábamos qué enfoque debíamos procurar nosotros, los cubanos, para este encuentro, y cómo podíamos aprovechar la visita de compañeros tan queridos e ilustres para que el evento fuera, además de amoroso y emotivo, fértil, y no sólo la celebración de un onomástico. Yo mismo comenté que debíamos evitar los testimonios personales, pues nuestra pertenencia a la Revolución y la legitimidad de nuestra alegría por la celebración del aniversario cuarenta del triunfo revolucionario los podía hacer, aunque hermosos y auténticos, previsibles, y convertir la reunión en una especie de competencia a ver quién expresaba su cariño a la Revolución con más originalidad y emoción. ¿Qué utilidad ponía tener eso? Sin embargo, como la observación tuvo su efecto y nadie ha basado su intervención en un testimonio personal, ahora voy a utilizar ese recurso, aunque pueda parecer que mi intervención anterior fue sólo para despejarme el camino.

Yo tenía siete años cuando la Revolución triunfó. Éramos cinco en casa y sólo mi madre podía trabajar. Lo hacía como criada, o doméstica para decirlo con más finura. Ganaba quince pesos y pagábamos ocho de alquiler por la vivienda. Ninguno estaba lo que se puede decir gordo, pero todos pensábamos que necesitábamos comida, no una Revolución. Las tropas del Che se acercaban, corrían los rumores de que liberaban el pueblo hoy o mañana, y finalmente una madrugada estalló la balacera. Mi abuela, como tenía previsto, nos empujó a todos sus nietos al refugio que había construido bajo la mesa del comedor. Encima de ésta había colocado una batea con agua, con el criterio de que las balas de las avionetas, al hacer contacto con el agua, se enfriarían y se tornarían inofensivas. Los alrededores los cubrió con las colchonetas de las camas, que si por años habían resistido nuestras meadas, ¿cómo no iban a parar una bala? Y metió una bolsa con sal, pues según ella lo primero que se acaba en una guerra es la sal. Allí estábamos en el refugio, escuchando los disparos, y a cada rato mirábamos hacia arriba porque los rebeldes también andaban por los techos, rompiéndonos las tejas. Uno de los que nos rompió tejas pudo haber sido el Che Guevara porque fue en mi pueblo, avanzando por los tejados, donde resbaló y se fracturó el brazo que una foto convertiría en el brazo fracturado más famoso del

mundo. En mi recuerdo, fue de noche cuando terminó el asalto y todos salimos a celebrarlo y enseguida hubo una gran fiesta y estábamos reunidos en torno al edificio donde el Che instaló su comandancia y yo lo vi, al Che con su brazo fracturado, y los rebeldes estaban formados en la calle, dejándose mirar, y mi abuela los observaba con atención y no sé qué vio en aquella tropa escuálida, desgredada y hambrienta, de hombres casi adolescentes, porque de pronto dijo con gran convicción: «¡Cómo no iban a triunfar!» Y a todos nos pareció que sí, que la victoria era lo único posible para aquellos hombres. Todo el mundo les llevaba algo de comer para que recuperaran fuerzas y siguieran de largo liberando los otros pueblos. Nosotros, que no teníamos casi nada, llevamos una lata de leche condensada y una gallina. Los rebeldes aceptaron la lata y rechazaron la gallina. La gallina, por supuesto, se hizo revolucionaria, y nosotros también, y con ello entramos a la Historia y a formar parte de algo que se llamaba conflicto este-oeste.

Ahora han pasado cuarenta años de aquellos acontecimientos, y tantas, tantas cosas. Me paro delante de esa cantidad de años y de tantos sucesos y, contemplándolo todo, una de las primeras cosas que se me ocurre decir es: ¡coñó! Y es que estamos aquí, con ganas y fuerzas para seguir luchando y trabajando. Nuestra alegría, debe comprenderse, también es orgullo, y no puede ser de otra manera, un orgullo legítimo y profundo. Sabemos que nuestra obra no es perfecta ni acabada, pero el mucho trabajo que falta por hacer, nutre también nuestro entusiasmo.

Hablando de imperfección, y de si queda o no trabajo –Revolución– por hacer, que yo pienso que sí y mucho, no deja de llamarme la atención que fecha tan significativa se haya celebrado por todo lo alto... con un acto. Acto grande y fabuloso, eso sí –para mejor, estaban allí José Saramago y Gabriel García Márquez–, pero acto, a fin de cuentas. Y clases de historia por la televisión. ¡Qué raro, me digo yo, que a un pueblo que quiere festejar cuarenta años de su liberación, de su entrada en la Historia, sólo se le ocurra hacerlo con actos y clases de historia por la televisión! ¿A un pueblo bailarín, alegre, rumbero, rítmico, sensual, sólo eso le pasa por la cabeza? ¿Dónde está el baile?, me pregunto yo. Yo hubiera esperado un carnaval, que esa columna que viene avanzando de Oriente a Occidente recordando la marcha de la otra, no sólo celebrara actos políticos en cada localidad, sino que en cada una dejara un baile, y viniera inaugurando fiestas y encendiendo fuegos artificiales hasta convertir a la Isla toda en un salón de fiesta.

Les dejo la pregunta y vuelvo a mí.

Para mí y los míos, para los muchachos de mi edad y mi origen, lo que cayó aquel primero de enero de 1959 no fue la Tiranía. Lo que cayó para nosotros, del cielo, fue la Revolución. Yo me hice escritor, que fue lo que me quise hacer. Pero si hoy tengo que decir cuál considero la principal conquista de la Revolución en el campo cultural no pensaría en la oportunidad personal que tantos hijos de campesinos y obreros tuvimos de hacernos escritores y artistas, sino en el hecho de que la cultura se ha hecho popular, no en el sentido de que esté masivamente realizada, aunque a veces también esto, sino porque es disfrutada, consumida, por decirlo así, por el pueblo, porque el pueblo se ha ido haciendo culto. Me refiero, seguramente ustedes me comprenden, a la formación de un público, a la existencia del lector común, de un público avezado y exigente para todas las artes, un público necesitado de arte, cada vez más capacitado,

más ávido del producto cultural y a veces hasta desesperado. Un público, en fin, con necesidad de arte, y preparado para disfrutarlo. Éste es, a mi entender, el mayor logro de la Revolución en el terreno de la cultura. Y ha sido, es, ese público, mucho más que los escritores y artistas, el gran perjudicado en estos tiempos de período especial y globalización de la cultura.

En estos años que recontamos, también hemos cometido errores importantes. Forman parte de nuestra vida, tanto como los aciertos, y una de las cosas que menos he comprendido de esta Revolución a la que pertenezco, es cuando elude el reconocimiento del error y la reflexión sobre el mismo, como si errar —y reconocerlo—, la disminuyera. Ya se sabe, nosotros insistimos en el valor del ejemplo; nos estimula más, pensamos, el trabajo hecho que el que falta por hacer. Es por esta puerta por la que hemos llegado a la retórica, que si la Revolución fuera cantante de boleros podía hacer suyo el verso de aquel que dice: «es el daño más grande que me he hecho a mí misma». También me confunde la relación «política o diplomática» que tenemos con los errores, del pasado y el presente. Aun, las más de las veces se nos aconseja mencionar en voz baja los conflictos, o pasarlos por alto para no dañar las relaciones actuales con los políticos, las correlaciones de fuerzas, los equilibrios, el momento, y de hacer caso uno terminaría con la sensación de que estás actuando no por tu propio derecho sino porque el político te lo permite o concede. Las críticas se deben hacer, siempre hemos oído decir, en el momento oportuno, en el lugar oportuno y en la forma oportuna. Para cometer errores no hay requisitos. Yo confieso que para trabajar más me estimula aquello en que he errado, lo que falta por hacer, que lo que ya he logrado, por bien que me pueda haber quedado.

Como he escuchado decir aquí, efectivamente, en Cuba no enraizó el realismo socialista. Eso no quiere decir que no hubo esfuerzos, y brutales, por sembrarlo. Y no quiere decir que el intento no hizo estragos. Y nosotros, los escritores y artistas, más que derrotar la iniciativa, sólo alcanzamos a resistirla a costa de toda una década de inhibición creadora, al menos en la literatura, un acontecimiento a todas luces grave en la cultura de un país y que merece pensarse. Y no se trata únicamente del realismo socialista, entre nosotros hubo también censura, monda y lironda. No autocensura, ésta sólo es una forma de manifestarse la censura. Y hubo negación, por razones políticas e ideológicas, coyunturales o no, de parte de nuestra cultura, que es como decir de tramos de nuestro ser como nación. Silenciamos, digamos, a Celia Cruz, tan difícil de silenciar; manifestaciones religiosas; cubrimos con paños blancos la obra de autores como Lino Novás Calvo, Carlos Montenegro, Labrador Ruiz, Gastón Baquero, y de otros que permanecieron en la Isla, como Lezama Lima, sin los cuales *tampoco* se puede entender nuestro presente ni entender cómo llegamos al punto donde estamos. Hemos prohibido películas, y no importa que haya sido una sola, lo hemos hecho, movilizándolo contingentes con la orden de que no les guste, porque antes no supimos debatirlas. Estoy consciente de que es de mal gusto recordar esto en una ocasión así, pero no estoy entre los que creen que las cosas desagradables se disuelven con sólo olvidarse de ellas.

¿Por qué, me he preguntado yo, una Revolución que llega para instaurar la libertad, todas las libertades, puede llegar a estos extremos? ¿Por qué un revolucionario, de cuya sinceridad, abnegación y entrega a la causa no cabe dudar, puede llegar a pensar

que hacer la Revolución, que conquistar el futuro, es precisamente actuar de ese modo: censurar, prohibir, limitar? ¿Por qué a otros revolucionarios, al igual que a instituciones, nos falta la entereza, el valor, pero sobre todo la inteligencia y la sabiduría, para oponernos con éxito a hechos como éstos, para hacer prevalecer las razones que pertenecen, ellas sí, al futuro?

Son cosas, he entendido yo, propias de una Revolución, convulsiones de ese organismo vivo que ella es, que anda por caminos inéditos, que explora. Lo desconcertante para mí nunca han sido los conflictos y los errores sino la pretensión de ignorarlos, el no sacar de ellos las experiencias debidas, el no estudiarlos para entendernos a nosotros mismos. Personalmente, nunca me he sentido avergonzado al reconocer estos momentos grises de la Revolución ni decepcionado de ella. Son aquellas partes de la Revolución que no son la Revolución, como decía un personaje. Más bien creo que es el deber de nosotros los intelectuales –y no digo los cubanos, sino nosotros, los incluyo a todos, ya que creo que en ningún otro aspecto como en el cultural la Revolución es de todos– estudiar hasta la médula nuestras experiencias negativas, con valentía y sin vergüenza alguna, sin desaliento ni decepciones, que cabrían sólo al que erró de mala fe, y entonces no erró.

Era una de mis preocupaciones, cuando se convocó esta reunión, si sólo íbamos a agradecer a nuestros invitados su lealtad y cariño y pedirles que nos siguieran acompañando en el futuro; o si les pedíamos que nos miraran críticamente, que juntaran a las nuestras sus inteligencias para ayudarnos a desentrañar también los errores. ¿Cómo nos ven ustedes? ¿Cómo ven lo bueno y lo malo que ha ocurrido en este país? ¿Qué aliento les queda, cuál les falta, cuál nos ven? ¿De qué se han desilusionado y qué siguen apreciando? ¿Seguimos siendo para ustedes, como se suele oír, faro y guía, clarinada de esperanza, la tierra donde la posibilidad y la esperanza son más cercanas?

En otras palabras: ¿ven a Cuba, hoy mismo, ahora mismo, como el lugar donde la libertad de expresión, la libertad de creación, el acceso y circulación de la información, la pluralidad de ideas, son más posibles? A todos nosotros éstas nos son necesidades muy preciadas y las sabemos imprescindibles no sólo para nuestra realización plena, sino también, y lo que es más importante, para la realización de nuestro pueblo, para su cultura.

Se lo preguntamos a ustedes, que tienen los mismos ideales que nosotros, no al imperialismo que ya sabemos que tiene un arsenal de respuestas tramposas, ilusorias, mentirosas. Queremos encontrar la verdad en un salto hacia delante, no hacia atrás, porque si no corremos el riesgo de ser ejemplo, como tantas veces nos oímos llamar, sobre la base de «Haz lo que yo digo pero no lo que yo hago.»

La utopía situaba a Cuba como la trinchera de avanzada para conquistar estas eternas aspiraciones. ¿Cómo ven la trinchera ustedes, cómo nos van a dar la mano, luego de que ya nos hemos enterado de que nos siguen queriendo y que siguen confiando en nosotros?

Les dejo también estas preguntas.

Quizás sea importante que antes de finalizar, y a modo de noticia les diga que mi opinión personal al respecto es que en el momento actual estas posibilidades están renovadas para nosotros, son ciertas.

El arte y la literatura cubanos han ido ganando autonomía. En el reciente Congreso de la UNEAC nuestro entusiasmo se ha renovado, pero no fue una renovación fruto de una directiva o resolución de un Congreso del Partido, sino una fuerza, un entusiasmo que ha partido de nosotros mismos, de nuestra propia madurez, y creo que estamos conquistando un espacio y una autoridad mayores, como nunca antes, en el consenso de este país, definitivas incluso, por nuestra propia mano.

Si el arte y la cultura se consolidan en nuestro país, esto significa que han dejado de estar subordinados a la política, y que han sido independizados de ésta por los creadores. Y querrá decir también que nuestra cultura se hace más cubana, más revolucionaria y estará más convencidamente junto y unida a la Revolución. Pero eso sí, y para asombro de muchos, no lo estará por miedo, ni por fanatismo, ni por control, ni por oportunismo, ni por presión, ni por represión, sino por vibración y vocación propias, porque hacia allí, y no hacia otro lugar, nos llevan nuestro corazón y nuestra cabeza actuando *motu proprio*.